

Catecismo 1380 - 1381 LA EUCARISTÍA El sacrificio sacramental

La presencia de Cristo por el poder de su Palabra y del Espíritu Santo

2008

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1380:

Es grandemente admirable que Cristo haya querido hacerse presente en su Iglesia de esta singular manera. Puesto que Cristo iba a dejar a los suyos bajo su forma visible, quiso darnos su presencia sacramental; puesto que iba a ofrecerse en la cruz por nuestra salvación, quiso que tuviéramos el memorial del amor con que nos había amado "hasta el fin" (*Jn 13,1*), hasta el don de su vida. En efecto, en su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como quien nos amó y se entregó por nosotros (cf *Ga 2,20*), y se queda bajo los signos que expresan y comunican este amor:

«La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración» (Juan Pablo II, Carta [*Dominicae Cena*](#), 3).

En este punto se distinguen dos "tipos de presencias de Cristo":

- La presencia visible que tuvo hace dos mil años en "tierra santa" (que llamamos el "quinto evangelio").*
- La presencia sacramental:* Es la presencia de Cristo, después que dejó de estar visiblemente presente entre nosotros.

No es que cambie: **Jesús es el mismo**, pero en el sacramento de la Eucaristía prolonga la presencia de Cristo entre nosotros.

Resuena en la Iglesia lo que dijo Jesús:

"Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo".

El Espíritu Santo vendrá sobre vosotros, y es ese Espíritu Santo el que realiza el milagro de la presencia Eucarística.

Juan 13, 1:

1 Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo

La Eucaristía es introducida en el evangelio de San Juan, como una "especie de **sello solemne**"; Jesús quiere dejar un testamento: un **sello de amor**". Quiriendo resumir en un solo signo, en una sola palabra todo lo que Él había dicho y hecho a lo largo de su vida.

La Eucaristía quiere concentrar la presencia de Cristo, entre nosotros, y al mismo tiempo todo su mensaje, el mensaje de amor.

Se dice en este punto:

En efecto, en su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como quien nos amó y se entregó por nosotros (cf Ga 2,20), y se queda bajo los signos que expresan y comunican este amor:

Gálatas 2, 20:

20 y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Es en la Eucaristía donde se realiza el milagro donde se nos da la vida de Cristo –entregado en amor por nosotros-, **y nos posibilita que El viva en nosotros: que nos alimentemos de Cristo, que su vida sea la nuestra, hasta decir con San Pablo: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí.**

Podemos tener el gozo de ser "**sagrarios vivientes ante el mundo**".

Es una prolongación hermosa de la "encarnación de Jesucristo": la Eucaristía.

La presencia visible de Cristo, a través de su humanidad, ahora se prolonga en la presencia sacramental, pero es la misma persona.

Nosotros podemos envidiar a los que vieron y tocaron a Jesús físicamente; pero no envidiemos eso, porque estamos en contacto con la misma persona: **con la persona de Jesucristo**. No este Cristo menos presente con nosotros que lo que estuvo con los Apostoles.

Es más: *la presencia que tiene Cristo en este momento entre nosotros, **todavía es más intensa y más activa, porque ha sido infundido el Espíritu Santo en plenitud.***

No perdamos el tiempo y gocemos y saquemos todo el fruto que tenemos que sacar, de que es el mismo Cristo que sacramentalmente presente está con nosotros.

Este punto termina con un texto de Juan Pablo II:

La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración»

Dice Juan Pablo II que "**tenemos necesidad de adorar a Cristo en la Eucaristía**".

Cuando uno se arrodilla ante Jesucristo, ya es un don, porque deja de "arrodillarse ante los que no debe de arrodillarse".

El don del culto Eucarístico es que el hombre se centra en quien es verdaderamente su Señor; y uno comprende que solamente ante **Cristo debemos de doblar la rodilla**.

El hombre se empequeñece cuando se arrodilla ante lo que no es Dios, y sin embargo, el hombre se engrandece cuando se arrodilla ante Dios.

Algunos creen que no se arrodillan ante nadie, y eso no es verdad; porque te estas arrodillando ante muchos falsos dioses, que hay en tu vida aunque sea inconscientemente: una ideología, la vanidad, placer, comodidad, dinero.....

El papa Juan Pablo II dice que tenemos necesidad de adorar a Cristo, porque tenemos necesidad de saber "**cuál es el fin, cual es el norte de nuestra vida... ante quien me tengo que arrodillar:**

Al Señor tu Dios adoraras y solo a El darás culto.

El hombre se empequeñece cuando se arrodilla ante quien no es Dios.

Nunca es tan grande el hombre cuando se pone de rodillas ante su creador. Su vida se ordena

Un ejemplo: El de la chaqueta. La chaqueta tirada en el suelo y la coges por la manga, y al levantarla esta desordenada y hasta es difícil saber que es; sin embargo si la coges por el cuello de la chaqueta, al levantarla todo va a su sitio: las mangas, las solapas... toda ella va a su sitio.

Algo así nos pasa a nosotros: cuando ponemos en el punto alto de nuestra vida la adoración a Dios, sabiendo que ese es el valor último, automáticamente el resto de las cosas quedan ordenadas, en función de ese fin.

El hombre deja de tener el equilibrio interior cuando ha quitado a Dios de la cumbre de sus valores.

Es por eso que la adoración es un bien que Dios nos hace a nosotros.

Es encontrar ese sentido en la existencia: "**todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios**".

Es fin último del que hablamos es el de "**dar Gloria a Dios**". Esto esta significado especialmente cuando asistimos al culto Eucarístico. Necesitamos ponernos de rodillas ante una custodia, ante un sagrario.

En este texto de Juan Pablo II al que hace referencia este punto continúa diciendo:

La Iglesia tiene una gran necesidad del culto Eucarístico; Jesús nos espera en este sacramento del amor.

Esto es una llamada de atención: "**que no soy yo el que busca a Cristo, que es El que me busca a mi antes que yo le busque a Él.**

Muchas veces juzgamos nuestra espiritualidad es de un punto de vista subjetivo. La entendemos como un "yo necesito de Dios para planificarme..."

No podemos ver nuestra espiritualidad como algo subjetivo; que la veamos desde el punto de vista contrario: "**Jesús me está buscando... El maestro esta fuera y te llama... "El maestro esta ahí, en la Eucaristía, y te está llamando.**

Esa llamada a la intimidad: "**Mira que estoy llamando a tu puerta, si oyes mi voz y me abres, entraremos y cenaremos juntos...**"

En definitiva que la religiosidad, la adoración es una "**respuesta a la llamada de Dios que quiere encontrarse contigo**".

Esas expresiones que se oyen: "yo voy a misa o me retiro a rezar cuando siento necesidad" y esto se dice en contraposición a la hora de hacer las cosas por obligación.

Pues mi por una cosa ni por la otra: **ni por obligación, ni por subjetivismo, sino porque es Cristo el que te está buscando.**

"Es que rezo porque el Señor me está hablando y es de "mala educación no contestarle".

Dice Juan Pablo II: "**no escatimemos tiempo para ir a la adoración**"

Es verdad que en "como distribuimos nuestro tiempo" se está significando, con bastante claridad, cual es nuestro orden de prioridades y cuál es nuestra fe.

Que le dediquemos más tiempo a la televisión que a la adoración Eucarística, dice bastante de nosotros.

Sería bastante equivocado decir: "**no hace falta dedicarle mucho tiempo a Dios, Él ya sabe que le quiero; que con decírselo una vez ya basta, no por decírselo muchas veces lo vamos a querer más**".

Esto no es verdad, porque, es verdad que Dios no necesita mucho tiempo de nosotros, **pero yo sí que necesito ocupar mucho tiempo**".

El hombre no serena sus sentimientos, no fortalece sus convicciones en un momento; necesitamos empaparnos, nos vamos "**clasificando**", nos vamos transformando en lo que Dios quiere de nosotros **poco a poco**; de la misma forma que la tierra se empapa poco a poco.

El hombre necesita tener un tiempo calmado y sosegado donde el Señor le empape interiormente. Necesitamos estar frente al sagrario mucho tiempo para que nos vayamos empapando poco a poco.

Hasta el punto que el que no está dispuesto "hasta aburrirse" incluso a pasar tiempo duros en la adoración Eucarística; difícilmente va a aprender rezar, porque también supone pasar por noches oscuras... momentos en los que uno se distrae y vuelve a empezar...

Por tanto no nos podemos escudar en esos razonamientos de "**Ante Dios basta con que se le digamos una vez**".

San Juan de la Cruz pone un ejemplo y dice que somos como el tronco húmedo que es echado al fuego, que no comienza a arder inmediatamente, empieza por chisporrotear, y sacando las impurezas y humedades que tiene dentro, y cuando toda esa humedad ya ha salido y el tronco se va secando el tronco comienza a convertirse en brasa.

Ante Jesucristo, ante el sagrario, tenemos que dejar que poco a poco vaya saliendo toda la porquería que llevamos dentro, y poco a poco uno se va templando y empieza uno a adorar en profundidad.

Juan Pablo II dice **"NO escatimemos tiempo para ir a encontrarnos en la adoración con Jesucristo, en la contemplación llena de fe, y abierta reparar las faltas graves y delitos del mundo.**

Aquí une la "adoración con la reparación". Necesitadme repara ante la Eucaristía los pecados personales y los pecados del mundo, porque el misterio que se descubre en la Eucaristía: **que el amor no es amado.**

Cuando uno se pone ante la Eucaristía se da cuenta del sufrimiento del corazón de Cristo. Un corazón que tanto ha amado al mundo y que a cambio ha recibido desprecios. **"Señor necesito decirte lo que en otros momentos no te he dicho, que quiero marte por mis hermanos que no te aman".**

El alma Eucarística siente necesidad de esto: de expresarla, de decirlo... "que el Señor ya lo sabe", si es verdad, pero yo necesito decirlo.

Además todos rezamos por todos. Dice Juan Pablo II: **"No cese nunca esta adoración"**, parece que esté haciendo referencia a una adoración perpetua.

En esas capillas donde es expuesto y adorado el Señor todos los días y a todas horas.

Que mientras nosotros estamos descansando por la noche, en algún lugar se está adorando al Señor.

En vísperas de mi ordenación sacerdotal, estuve unos días en un monasterio de religiosas, donde tiene la adoración perpetua y se turnan para adorar la Eucaristía. Me decía la priora: **"Tenga en cuenta que en cualquier momento de su vida, en cualquier circunstancia, por dura que sea que una de nosotros estará rezando por usted ante el Santísimo.**

Eso nunca se me ha olvidado, y han pasado veinte años.

Punto 1381:

«La presencia del verdadero Cuerpo de Cristo y de la verdadera Sangre de Cristo en este sacramento, "no se conoce por los sentidos, dice santo Tomás, sino sólo por la fe, la cual se apoya en la autoridad de Dios". Por ello, comentando el texto de san Lucas 22, 19: "Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros", san Cirilo declara: "No te preguntes si esto es verdad, sino acoge más bien con fe las palabras del Salvador, porque Él, que es la Verdad, no miente"» (MF 18; cf. Santo Tomás de Aquino, Summa theologiae 3, q. 75, a. 1; San Cirilo de Alejandría, Commentarius in Lucam 22, 19):

Nosotros conocemos la presencia de Cristo en la Eucaristía por la autoridad de las palabras de Dios: *Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre.*

Es verdad que la teología intentara, torpemente comprender los misterios; pero "de momento" nosotros nos adherimos a esa afirmación, no nos apoyamos en un argumento, sino que estamos apoyados en la autoridad de la palabra de Dios.

Hay una definición de la teología: "**La teología es la fe que busca entender**", es decir primero ha habido fe: si un teólogo no es creyente no es teólogo, en cualquier caso será un "ideólogo".

Santo Tomas de Aquino nos dice que nosotros no podemos conocer la presencia de Cristo por los sentidos, se oculta a nuestros sentidos, de ahí que la fe es "meritoria", porque supone un conocimiento que supone trascender nuestros sentidos.

Este himno que nos da en este punto de Santo Tomas el "Adorote devote"

*Adoro Te devote, latens Deitas,
Quae sub his figuris vere latitas:
Tibi se cor meum totum subjicit,
Quia Te contemplans totum deficit.*

*Visus, gustus, tactus in te fallitur,
Sed auditu solo tuto creditur:
Credo quidquid dixit Dei Filius:
Nil hoc Veritatis verbo verius.*

**(Adorote devotamente, oculta Deidad,
que bajo estas sagradas especies te ocultas verdaderamente:
A ti mi corazón totalmente se somete,
pues al contemplarte, se siente desfallecer por completo.**

**La vista, el tacto, el gusto, son aquí falaces:
sólo con el oído se llega a tener fe segura.
Creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios,
nada más verdadero que esta palabra de Verdad.) [AHMA 50, 589]**

Se suele distinguir entre los sentidos corporales y los sentidos espirituales.

La presencia de Cristo en la Eucaristía no está al alcance de los sentidos, ni tampoco es comprobable en un laboratorio; es una **presencia metafísica** (más allá de lo físico).

Es por la fuerza de la Palabra de Cristo, por la fuerza de la autoridad de Dios sabemos bien que el que creo las leyes naturales, el que es dueño y Señor de la creación, Él tiene toda autoridad sobre la propia creación para realizar en ella el **milagro Eucarístico, para hacerse presente en el pan y en el vino.** Respetando las leyes sensoriales, lo que sensiblemente percibimos, pero estando sustancialmente presente.

Lo dejamos aquí.